

El PSOE: un partido laico



Un grupo de cristianos militantes del PSOE ha escrito un importante trabajo con vistas al Congreso extraordinario del partido, en el cual su título resume el importante anhelo que tienen. Su lema es: "Por un partido laico".

La palabra "laico" ha tenido muy diversas connotaciones históricas. Y todavía muchos católicos fruncen el ceño ante esta locución que, sin embargo, consagró hace veinticinco años el Papa Pío XII y la asumieron positivamente los obispos franceses de entonces, cuando todavía tenía ésta en España —en pleno nacional-catolicismo franquista— un sentido peyorativo y —sobre todo— suponía falsamente ser algo contrario a nuestra religión.

Hoy con la palabra laico —antiguamente "laos" significaba la representación popular en la Iglesia— se quiere reconocer nuevamente la entidad que tienen en sí mismas las cosas de este mundo, y particularmente las relaciones con el hombre.

Por eso es lógico que los socialistas que son cristianos quieran que el PSOE, donde militan, sea un partido laico y que tenga entidad por sí mismo.

Lo que no puede ya aceptarse es un enfrentamiento entre la autonomía de este mundo y la realidad religiosa. Ni tampoco es admisible una divergencia o separación tan total, que el partido político laico considere a la religión —según hizo sobre todo Lenin— como "un asunto privado" sin más impronta sobre la sociedad que una que fuese siempre negativa.

No. Los cristianos que están en los partidos de herencia marxista —sea cual sea el rumbo que tomen ahora— no pueden seguir adoptando una actitud anticuada: no pueden ni aceptar una situación de inferioridad —que la religión sólo sea cosa privada— ni tampoco cualquier nuevo tipo de clericalismo dominador con especial exclusividad sobre las cosas de este mundo.

Ellos —los cristianos socialistas— han demostrado prácticamente con su militancia de partido dos cosas: 1) que "no es evidente que el cristianismo tenga que ser de derechas de toda la vida", como falsamente se nos dijo en España hasta hace bien poco; 2) ni tampoco que exista una "irrelevancia

cultural, política y teórica de la religión cristiana en la construcción del socialismo".

Es verdad —como dice este importante documento— que hasta hace bien poco —por culpa de unos y de otros— "no han sido buenas las relaciones entre el socialismo y el cristianismo". Bastaría leer las duras e incomprensivas frases de los Papas desde hace ciento cincuenta años, por un lado; y de otro, demasiadas veces las luchas y las duras retenciones de la izquierda contra los cristianos.

Los cristianos que están en un partido socialista de verdad tienen que demostrar —y lo están haciendo muy bien hoy en España— tanto en su actividad política práctica como en su discusión teórica, que no puede haber ningún antagonismo insalvable entre socialismo y cristianismo. Y los no creyentes deben también superar sus parciales, y a veces sectarias, posturas antirreligiosas de fondo, que han puesto hasta ahora una barrera a esta superación de conflictos entre cristianismo y socialismo.

Muchos creyentes han descubierto desde su fe que el Evangelio les brinda un fuerte apoyo a su opción socialista. Que, desde su interior religioso, se sienten llamados a una acción, en estrecho abrazo con otros no creyentes, que intenta seriamente un plan para la "emancipación de todos los hombres" y para la "superación de la división de la sociedad en clases"; sin por ello caer en el simplismo de fórmulas estrechas, ni tampoco en la coacción política, que resulta antidemocrática al impedir el legítimo pluralismo —en el interior incluso de la propia organización política de partido—, que ha de respetar siempre las concreciones que cada uno haga, dentro del marco fundamental expresado por esos dos aspectos de un plan y meta socialista básicos.

La interpretación marxista de la historia —como muchos militantes no creyentes reconocen ya— no puede caer ni en "el abuso filosófico" ni en "la simplificación economicista". Una determinada filosofía muy parcial —según el escrito que comento— nunca se puede erigir en "el condensador de toda racionalidad emancipadora imaginable", ni tampoco se

puede estrechar la perspectiva social centrándolo todo en "un grupo social determinado".

Es un hecho averiguado que "hay tradiciones culturales irreductibles, en el fondo, a las relaciones de producción", como son: "el sentido del dolor del coste social del progreso, la soberanía de la persona humana, la urgencia de la reconciliación, el carácter de universalidad del proyecto utópico, etcétera".

Hay que reconocer, teóricamente y de hecho, en un partido socialista que se tenga por auténtica y maduramente laico, "la heteronomía de los elementos que constituyen el socialismo".

De hecho en el PSOE se da "la pluralidad de motivaciones". Unos están en él "por razones éticas, religiosas o utópicas; otros por tradición familiar; otros por racionalismo ambiental; otros por análisis materialista de la historia". Y precisamente "el desafío marxista consiste en asumir todo ese pluralismo".

La lucha por la justicia, definida por los dos elementos básicos antes aludidos, "no trivializa el papel de la ideología"; pero tampoco cree en una ideología simplista y cerrada que no intente "interpretar en socialista la pluralidad existente".

La Revolución cultural bien entendida es la que debe llevar a la superación de "una interpretación mecanicista y economicista de la revolución"; y aceptar "los condicionantes del modo de producción", pero no asumir que estos condicionantes reales se definen como "determinaciones", pues la cultura tiene una heteronomía y una irreductibilidad en última instancia".

El cristiano socialista no puede ser un blando; pero el no creyente socialista no puede tampoco propugnar la irreal crítica de la religión que se hizo en el siglo pasado, cuando la religión no daba militantes sociales comprometidos como los de hoy. ■